



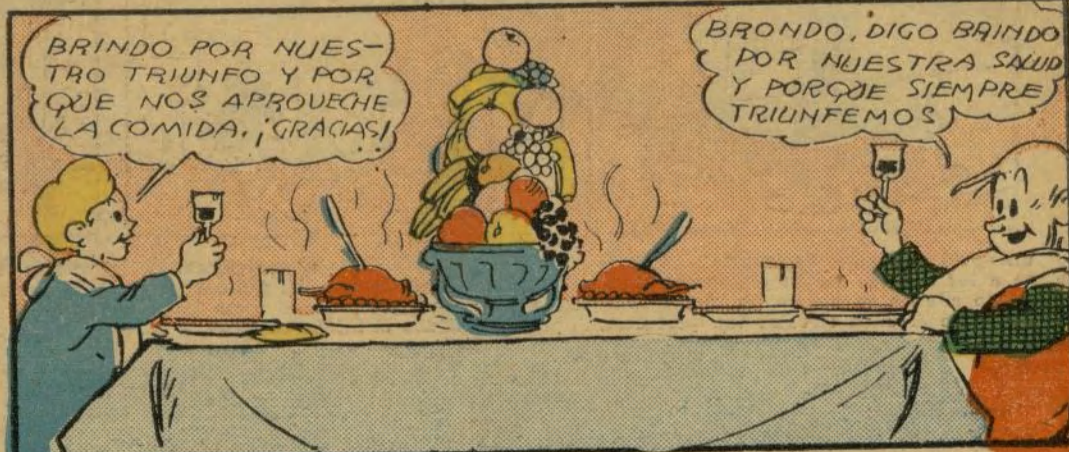
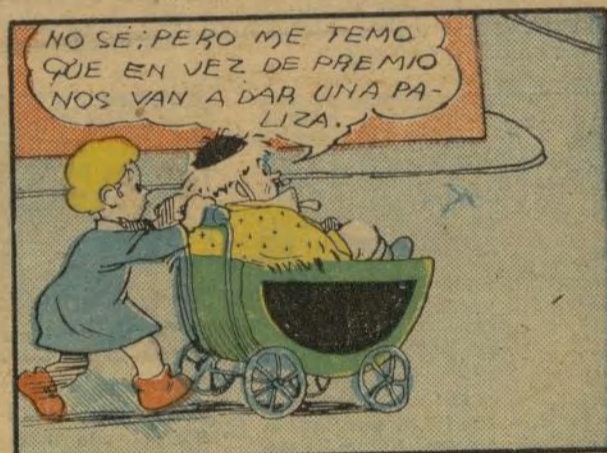
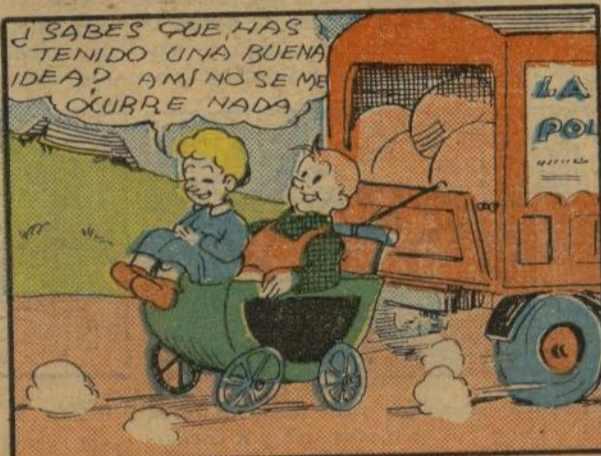
AÑO VI.—NUM. 309

MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

11 de abril de 1935



LAS FAMOSAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



AMENIDADES



Mamalita Serrano, de once años, y madrileña, ama las flores y nos envía ese apunte de uno de los tuestos que con más mimo cuida en el pequeño pensil de su balcón.



—¡Calamba, me luele muto la galganta; pelo me alegro de no tenel un cuelo como el de esta filafa, porque entonces me lole-lía muto más!

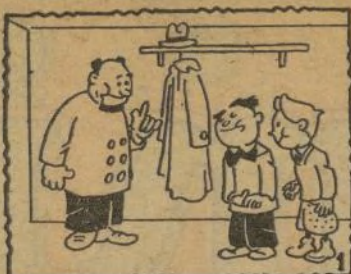


En Azuqueca (Guadalajara), se organizan clásicas partidas de caza, en las que los cazadores corren en magníficos corceles entre turbulentas jaurías de perros. Nuestro amigo Silvano Gómez, de trece años, ha tomado este apunte, que es prodigio de expresión y de finura.



—¡Qué bien! Los guardias le contarán a mamá lo que ha pasado y esta noche no me obligarán a bañarme.

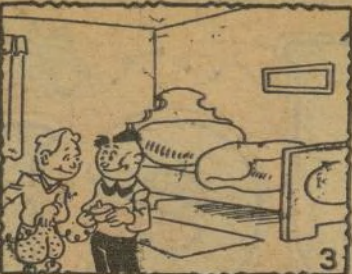
DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



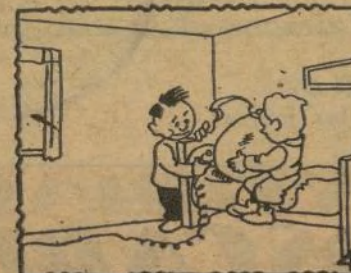
La bromita que aquella noche le gastaron a don Ponciano sus queridos sobrinitos le salió por una pulmonía y estu-



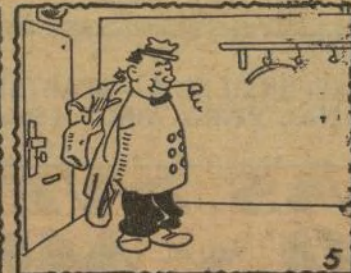
vo a pique de que le costara el pellejo. Pues señor, que don Ponciano tuvo que salir por la tarde, y, como de costumbre,



recomendó a los angelitos que se divirtieran honesta y apaciblemente mientras él iba a comprarse unas cataplasmas



para curarse un rebelde resfriado. Y a los niños no se les ocurrió otra cosa que esconder debajo de la almohada de su tío



un timbre, con el que pensaban divertirse por la noche de lo lindo. En efecto. Llegó no mucho después don Ponciano, y se



acostó. Pero no bien había conciliado el sueño, cuando le despertó con sobresalto el repique-teo de un timbre. Indudable-



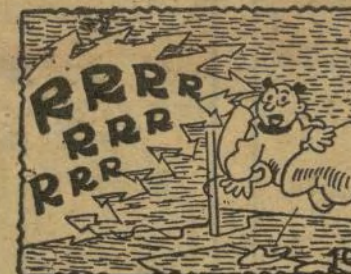
mente llamaban a la puerta. ¿Quién podía ser a aquellas horas? Pero no había que hacerle esperar con aquella nochecita de abrigo que hacía. Saló don



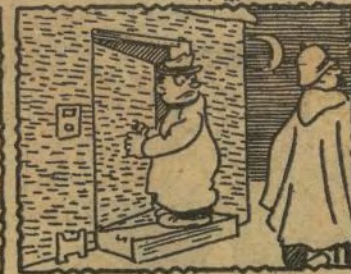
Ponciano y no halló a nadie. Vuelve a acostarse y a dormirse, y el timbre vuelve a sonar furioso. Sale de nuevo don Ponciano, y tropieza de



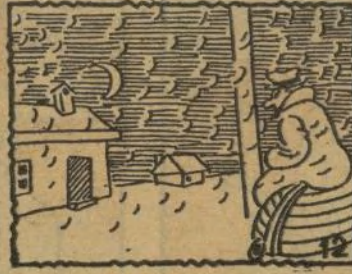
manos a boca con un guardia de hosco gesto, que le mira un tanto escamado y ceñudo. Otra vez se acuesta el pobre señor, y apenas había pegado el



ojo cuando por tercera vez el timbre se desata alarmante. Sospechando que alguien le gastaba una broma pesada desde la calle—tal vez aquél mi-



sero guardia—se propuso demostrarle que a él no se la daban tan fácilmente; y vistiéndose y arropándose cuanto pudo, se sentó frente a su puer-



ta en plena calle, recibiendo la nevada que caía espesa. Al día siguiente, en el delirio de la calentura, se jactaba de que a él no se la pegaba nadie.

PASATIEMPOS



Walt Disney está que echa lumbre por el terrible competidor que le ha salido en este amiguito nuestro que se llama R. López, y que dibuja al ratoncito Mickey con ese garbo y esa sal que podéis admirar en la muestra.



—Siempre le encuentro en la taberna.
—Peor sería que siempre estuviese en la cama.
(Chiste y dibujo de Angel Jaramillo.)



El generoso bruto piafa y relincha al sentir la mano del jinete que domina sus impulsos. Y César Cifuentes, de León, ha sabido plasmar el instante en esta cabeza magistral que es toda una revelación de facultades.



—¡Ay, qué bien! Se lleva los palos de jugar al golf... Ahora mi marido no tendrá más remedio que pasarse los domingos en casa.



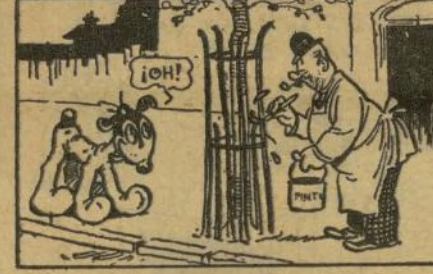
Aquél día el "Pelanas" se doctoró en ingenio para burlar a guardias y recaderos descuidados. Circulaba tan orondo



por cierta calle, cuando vió que en una pared estaban fijando un bando. Acercóse a leerlo—porque era muy "ilustrao"—



y vió que el bando era sencillamente su sentencia de muerte. ¡Si no llevaba bozal, lo cazaban sin remedio! ¿Cómo proveerse



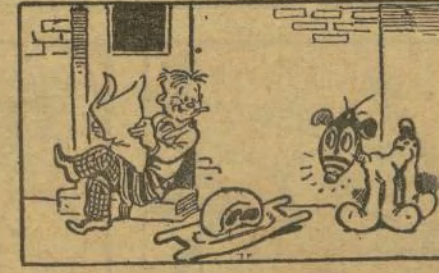
del indispensable artefacto, sin los inconvenientes que el llevarlo suponía? Un pintor que pintaba la verja protectora de



un árbol le inspiró la solución. Acercóse a los listones recién pintados y aplicando a ellos su hocico, se marcó alrededor de él unos círculos tan perfectos,



que daban el camelo a cualquiera. Así fué como burló el celo del famoso guardia "Caradura", y así fué como inspiró plena confianza al infeliz chico de la car-



nicería, que encargado de llevar un kilo de jamón a un cliente, se sentó en un portal a descansar y a leer JEROMIN. Cuando el muchacho menos se lo temía,



vió al "Pelanas" que abría tranquilamente la boca a través de su mentido bozal y salía arreando con su presa.

EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

...de lo publicado.—Sir Roger Waverly intenta apoderarse de la fortuna de su hermano gemelo, Sir Jorge; pero se lo impide Tomás, un huérfano empleado en la posada del "Buho Blanco", y Anita, la pupila del posadero. Sir Jorge y los dos muchachos son encerrados por Sir Roger en una habitación secreta. Tomás toca un resorte, se abre una pared, y cae por el hueco, quedando prendido por la ropa al cerrarse la pared.



—SOCORRO! MI JUBÓN SE ROMPE!



—ESTOMÁS, SE LE OYE PEDIR SOCORRO



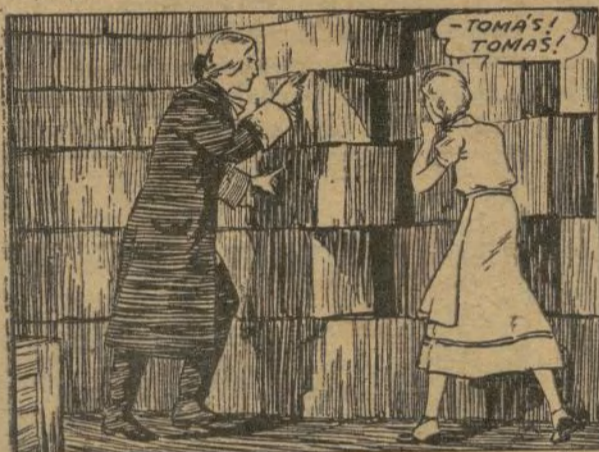
POR AQUÍ DEBE DE HABER ALGÚN RESORTE PARA ABRIR ESTA PUERTA SECRETA

—RESISTE UN POCO, TOMÁS, ESTAMOS INTENTANDO SOCORRERTE.

Por algunos momentos Tomás quedó atónito colgado de la pared, sin atreverse a hacer un movimiento ni a dar un grito. De pronto miró hacia abajo y vió abierto bajo sus pies un tenebroso abismo, al tiempo que sintió el desgarrón del trozo de ropa que lo sostenía.

—¡Socorro! ¡Mi ropa se desgarró y voy a caer!—, gritó el desventurado muchacho. Aquel grito llegó a oídos de Anita, que aterrada por la repentina desaparición de su compañero exclamó: —¡Es Tomás! ¡Le he oído pedir auxilio!

Momentos después Anita y Sir Jorge advertían en la pared el trozo de jubón de Tomás, aprisionado entre dos piedras, y el caballero se puso a buscar el resorte secreto que había abierto la brecha por donde el joven había desaparecido.



—TOMÁS! TOMÁS!



—HA DESAPARECIDO!

Anita, entre tanto, procuraba dar ánimos a su amigo, alentándole a resistir y prometiéndole pronta ayuda: —¡Tomás!, le decía confiada en ser oída; ¡aguántate un poco! Ya...—, y se interrumpió con un grito de sobresalto al oír un extraño ruido seco.

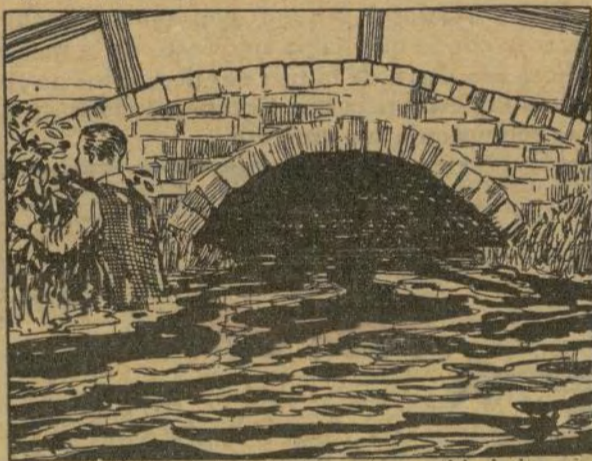
Era que Sir Jorge había acertado a tocar el resorte secreto, y un trozo de pared había girado silenciosamente, dejando ver una negra cavidad. Al mismo tiempo oyeron un ruido como de un cuerpo que cae, y un grito ahogado.



El cuerpo que había caído era el de Tomás. Al abrirse la pared, quedó libre el trozo de vestido que le sostenía, y el muchacho se precipitó en el vacío. Una brusca sensación de agua fría le sacudió los nervios, y tuvo que luchar por salir a la superficie.



Hallábase en un canal de agua subterráneo, y tan pronto como se vió flotando, advirtió que era arrastrado por la corriente con notable velocidad. Su único temor era el de tropezar en las paredes o el techo del misterioso acueducto.



Tomás no pudo apreciar cuánto tiempo estuvo nadando por aquel túnel; pero el hecho fué que, casi repentinamente, la luz del día le hirió los ojos, y se vió lanzado a las profundas aguas de un río. De dos vigorosas brazadas ganó la orilla.



—EL MODO DE APODERARME DE LA FORTUNA DE MI HERMANO ES BIEN SENCILLO, MAESE LEAR!

Asiéndose a unos matorrales luchaba por salir del agua, cuando llegaron a sus oídos los acentos de unas voces conocidas. Instintivamente se agazapó entre la maleza para observar sin ser notado, y vió que su amo y Sir Roger pasaban hablando junto a él.

A pilló, pilló y medio



En una remota ciudad de Persia vivía hace muchísimos años un mercader que tuvo que ausentarse por algún tiempo de su tierra para acabar ciertos negocios en un país lejano.

El mercader poseía un bloque de plata que pesaba un quintal, y confiando más en la honradez de cierto amigo que en todos los escondites en que pudo pensar,

entregó el bloque metálico al amigo para que se lo guardase durante el viaje hasta su regreso. Y partió confiado hacia el país remoto.

Pasó bastante tiempo, y cuando por fin hubo llevado a feliz término sus negocios, el comerciante regresó a su ciudad natal y fué a visitar a su amigo y rogarle que le devolviera el depósito que le había confiado.

El amigo pareció verse oprimido por una gran contrariedad, y en tono lastimoso comenzó a decir: —No sabes cuánto lo he lamentado! Si el quintal de plata hubiera sido mío, de fijo no hubiera sido tan grande mi contrariedad. Pero es el caso que un maldito topo, horadando el suelo de mi casa, ha ido devorando poco a poco, día por día, el bloque, hasta acabar con él. Y el caso es que ya no me queda ni un adarme del precioso metal.

La indignación del mercader no es para descrita, aunque fácilmente puede uno figurársela. Gritó, protestó, insultó, amenazó; pero todo en vano. No había modo de sacar al falso amigo de su monótona cantilena.

En vista de lo cual, el mercader decidió seguir otra táctica. Fingió aceptar, por fin, la explicación, y dar por buena aquella fábula tan mal urdida. Pidió ex-

cusas a su amigo por sus arrebatos, y se reconcilió con él. Pero pocos días después hizo secuestrar con toda cautela a un hijo pequeño del falso amigo, y lo escondió en un sitio oculto y bien seguro, donde hubiera sido imposible que lo encontrasen.

Hecho lo cual, y fingiendo la mayor naturalidad e inocencia, se fué a casa del amigo y le invitó a comer.

—¡Para comidas e invitaciones estoy yo!—exclamó desesperado el amigo.—¡He



perdido a mi hijo! ¡Me han robado a mi hijo! ¡Soy el hombre más desventurado del mundo!—exclamaba con lágrimas en los ojos.—¿Qué son ya para mí riquezas, comodidades y aun la misma vida?

El mercader le dejó que desahogase su corazón, y cuando al fin pudo medir toda la intensidad del dolor de aquel desgraciado, le dijo con la mayor naturalidad:

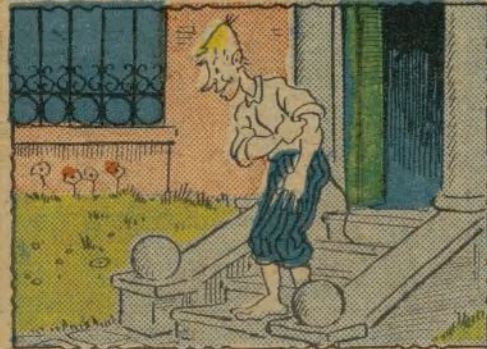
—¡No tienes por qué llorar ni desesperarte! Casualmente ayer mismo, al anocheecer, vi yo con mis propios ojos a un buho que se llevaba por los aires a vuestro hijo. Y pude ver más. Vi que fué a esconderlo entre las ruinas de un viejo castillo, donde será fácil ir a encontrarlo.

—¡Bueno, amigo! ¡Fuera bromas! ¡Que mi trance no es para que os burléis de él! ¿Dónde se ha visto que un buho pueda arrebatar y transportar una pieza tan grande como un niño?

—Cómo pudo ser la cosa, no lo sé—respondió el mercader—. Lo que sí puedo aseguráros es que yo lo vi con mis propios ojos. Y, por otra parte, no sé de qué os asombráis. Porque, ¿qué tiene de maravilloso que en la tierra donde los topes se comen un quintal de plata, los buhos lleven a los niños por los aires?

El bribón del amigo entendió el cuento; devolvió la plata, y a él le fué devuelto el hijo.

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla se ha colocado de criado en una casa de "postín". La escalera del jardín la encuentra muy descuida-



da, y aprovechando que unos obreros están asfaltando la calle, coge un cubo de asfalto y lo extiende delante de



la escalera. En esto sale un ladrón del hotel cargado de cubiertos de plata, y al pisar el asfalto, aún caliente, se



queda pegado. Cascarilla, sorprendido, sale pidiendo socorro y vuelve acompañado de un guardia, que se llevó al ladrón a la cárcel.



Don Fielato se había quedado despierto por casualidad, cuando llamaron a su puerta y apareció un joven desconocido. —Soy Celerino.

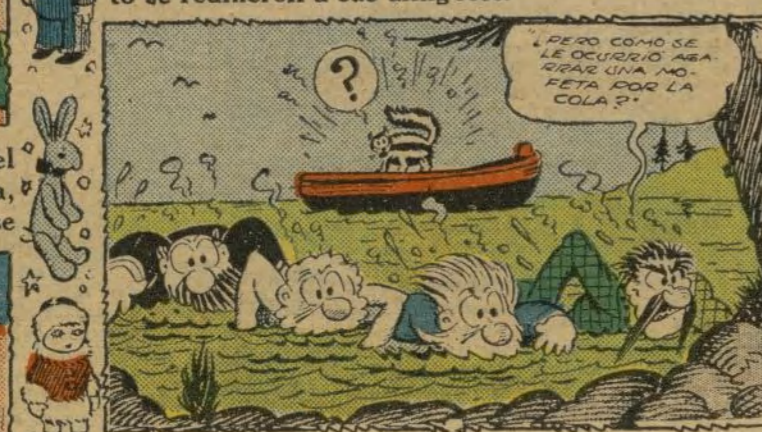
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



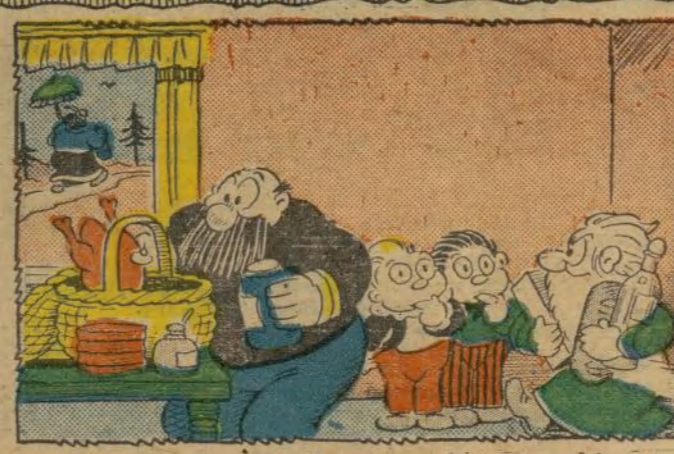
Los dos compinches habían decidido ir aquella tarde a pescar truchas con escalera, pero mamá Tecla les estropeó la "combina", obligándoles a que se estuviesen quietecitos en casa, pues ella tenía que hacer unas visitas.



Los pescadores salieron con sus pertrechos, y cargaron con lo que había sido cesto de la merienda y ahora era carro de la basura; pero ellos no sospechaban la pestilencia que llevaban consigo, y pronto se reunieron a sus amigos.



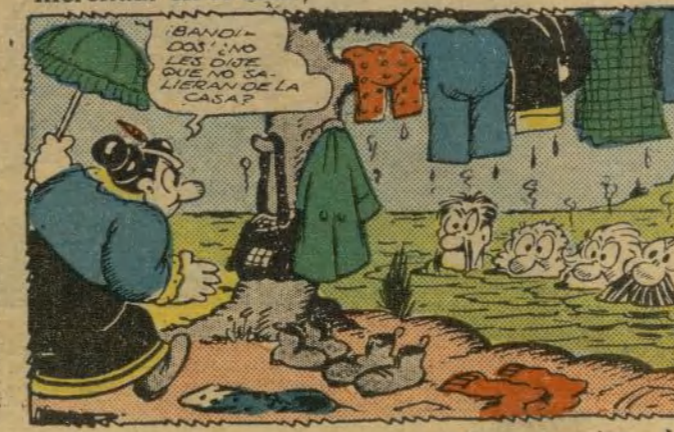
La mofeta quedó abandonada en la barca, sin explicarse la pobre el por qué de aquella sensación que había causado su presencia, y, mientras tanto, los pescadores pasados por agua llegaron a la orilla sin más deterioros.



Pronto se les pasó la rabieta, ya que sabían que cuando mamá Tecla iba de visiteo, como era muy cotillona, no regresaba en todo el día. —¿Nos deja usted ir, señor Barbacana, ahora que somos buenos? —"Mal rayo os trague", contestó.



Como pescadores conscientes de sus deberes, nuestros personajes decidieron que antes de pescar se imponía el hincarle el diente a las cosas sabrosas que traía Barba Cana, y por unanimidad se acordó merendar en el acto.



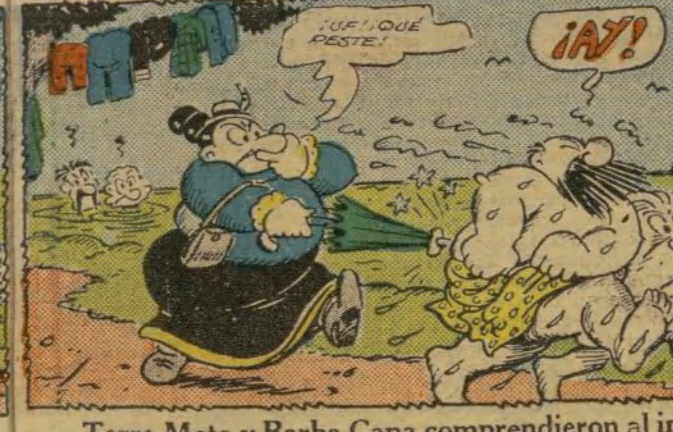
Los cuatro personajes apostaban a quince leguas, y se despojaron de sus ropas para darse un buen baño y que se ventilasen las vestiduras; en aquel estado acertó a pasar mamá Tecla, que, al verlos, rugió como un león.



Aquello del rayo les pareció muy duro a los pilluelos, y al instante decidieron jugarle una pasadita a los valerosos pescadores. En éstas estaban, cuando se les apareció una mofeta, animalito que huele peor que una alcantarilla.



La sorpresa de Terre-Moto al sacar un avechicho pestilente en lugar de un pollo asado fué mayúscula. Trabucazo, a fuer de cazador sempiterno, reconoció al punto la clase de animalito con quien tenía que habérselas...



Terre-Moto y Barba Cana comprendieron al instante que allí se iba a organizar una muy gorda, y procuraron poner tierra por medio; pero mamá Tecla, dedicándoles lo más florido de su repertorio, les fué picando a retaguardia.



Rápido como el relámpago, Tarugo desocupó del cesto las provisiones, y Perdigon, que, a causa de tener un medio catarro crónico, soportaba mejor los malos olores, dió caza a la comadreja, que penetró incautamente en el cesto.

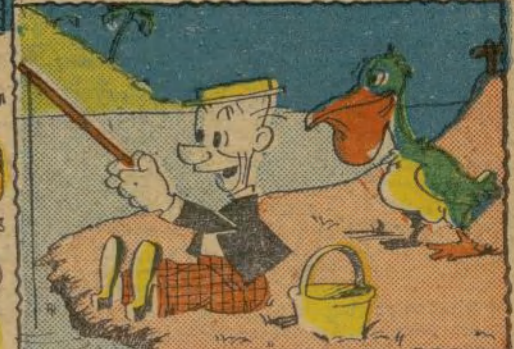


...y, ni corto ni perezoso, se tiró al agua, porque el que toca a una mofeta queda apesadado por uñas cuantas horas, y sus compañeros se arrojaron todos al río, huyéndole a Terre-Moto, que, por su mal, había tocado al animalejo.



Más picados que un toro bravo, los desobedientes pescadores llegaron a casa, donde mamá Tecla les hizo darse un buen baño de zotal, mientras les desinfectaba con aguarrás. ¡Cómo gozaban los pilletes su venganza con la tripa llena! (Continuará.)

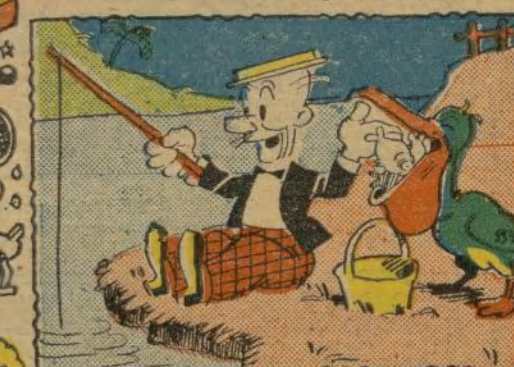
REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo tenía una afición a la pesca que no le dejaba vivir. Una mañana se fué a pescar truchas a un río



próximo a un parque zoológico. La pesca se le dió de primera. —Me estoy hinchando— decía Repollo entusias-



mado. Y según iban picando, iba depositando las truchas en la cesta, sin quitar la vista del anzuelo. Pero no



sabía que un pelicano del parque había colocado su pico encima de la cesta, y el picudo animalito fué el que se dió el gran banquete.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



—Ja, ja, ja—interrumpió Laura—. Ja, ja, ja. Se llama Celerino. Ahí va qué tío cabezota rara. —Qué cotorrita más simpática—rumió el joven.



—Ja, ja, ja—proseguía Laura, que la había cogido festiva, y sin respeto para el visitante—. Que me traigan una silla, que me desmorono.



—Espere un momento—rugió don Fielato. —Déjela, si no me molesta. —Espere, si no voy más que a darle con la cabeza contra la pared.



Y por fin don Fielato pudo cazar a Laura, y entonces el joven comenzó a 200 por hora: —Vengo para que me compre el mejor auto...



...del mundo, un "auto" que es inigualable e inigualado, un "auto"... —Espere—balbuceó don Fielato, aterrado—. Voy a soltar la cotorra.

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Los piratas se jactaban ante los heroicos policías de que nadie habria de poder nada contra ellos, porque no habia pruebas de que ellos hubieran robado nada.



Pero no les valió: "Pelo en Pecho" fué amarrado fuertemente, y un heroico policía procedió a interrogar a los "inocentes pescadores" sobre los inocentes disparos que habían hecho al avión.



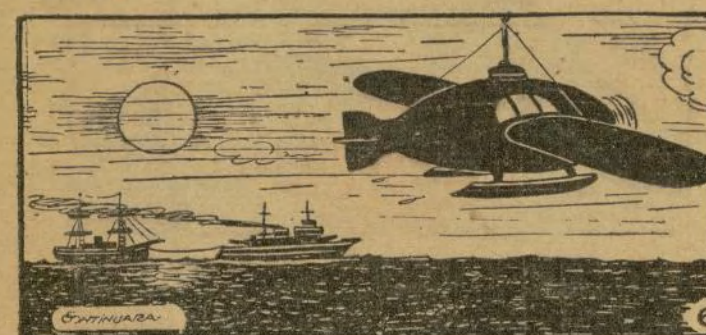
Pero los policías, entre sus muchas cualidades tenían la de ser desconfiados, y mandaron un aviso al cañonero guardacostas para que se hiciese cargo del barco pirata.



"El Mellado" y sus amigos quedaron bien custodiados por un policía, en espera de que llegase el barco guardacostas avisado radiotelegráficamente, y el bandido fué llevado al "hidro".



Poco más tarde llegaba el barco policía, y el comandante dijo a los aviadores: "Marchen descuidados, que estos pájaros no se escapan".



Y la noche sorprendió a la caravana. El guardacostas, remolcando prisionero al barco pirata; y el hidroavión policia, llevando en su cabina al feroz bandido terror de la comarca.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROPO

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXXVI

De lo bueno se repite

Por la tarde volvió Víctor al almacén para proseguir su tarea. Iba acompañado esta vez por el tío Mariano, con la esperanza de que así el carcelero renunciara a toda vigilancia.

—Hola, Sebastianillo—le dijo el carcelero—. Traes refuerzo para pelear con el aristócrata? —¿Yo? Me basto y me sobro para pelear con cien aristócratas. Pero vengo con el tío Mariano para que me ayude. Así que abre la puerta del almacén y a ver si aprovechamos la tarde.

—No puede ser todavía. Tenéis que esperar que vuelva mi hijo mayor para que os acompañe, por-



tás seguro de este mozo. ¿Lo has registrado?

Victor sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Cabalmente llevaba otras limas y un lío de cuerdas, confiando en que no se le registraría, como no se le había registrado por la mañana. Rápidamente comprendió que para alejar toda sospecha tenía que echárselas de inocente, y plantándose delante del muchacho le dijo:

—Aquí me tienes, registra lo que quieras, ya que según parece eres más receloso que tu padre. Afortunadamente intervino entonces el carcelero, que dijo a su hijo:

—Deja a Sebastianillo, que es un patriota sin tacha, y al tío Mariano déjalo dormir en ese rincón, donde ya está roncando.



ma era aquella, y Víctor tuvo que relatarle detalladamente la escena de la mañana.

—Por eso no quiero cantar—añadió—. ¿Para no armar camorra!

—Al revés—le interrumpió picado el hijo del carcelero—. Canta lo que te dé gana. No se vaya a creer que le has cogido miedo.

—¿Miedo yo? Pues ahora verás.

Y en el acto, mientras cepillaba una tabla, púsose a cantar algunas estrofas con letra improvisada, en la que avisaba al prisionero de los nuevos peligros y esperanzas que se presentaban. La emoción quitaba brillantez a su voz, y así lo advirtió su vigilante, aunque sin advertir, por fortuna, qué clase de emoción le embargaba.

En aquel instante el preso comenzó a remedar con voz gangosa el canto y a provocar con sus

que yo tengo que preparar mi lista de presos, por si es verdad que van a trasladar algunos...

La noticia era alarmante para Víctor. Además, de todos los vigilantes que podía tener, ninguno tan temible como este vástago del ciudadano Beaupin, tético, frío y de instintos sanguinarios. Llegó, por fin, aquel buena pieza, y Víctor, impaciente, le dijo al carcelero:

—Ciudadano; la tarde se va pasando y yo necesito completar mi jornal. Conque, si te parece, podemos entrar y comenzar la tarea.

—Al momento. Mira, tú, hijo. Acompañale. Primera fila del segundo piso, celda número 16...

—¿La del marqués de Bessières? Supongo—añadió mirando a Víctor de pies a cabeza—que es-

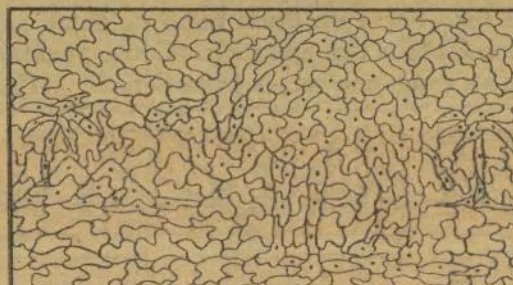


El mozo obedeció a regañadientes, y acompañado de Víctor se alejó hacia el almacén.

Las precauciones que este cachorro de hiena adoptara al abrir y cerrar puertas eran mucho mayores que las de su padre, y pronto comprendió Víctor que no le perdería de vista un instante. Sin embargo, no había tiempo que perder, y era preciso entregar a su padre aquella misma tarde las limas y cuerdas que llevaba. ¿Cómo se las arreglaría para ello? El mejor medio era, sin duda, el de repetir la lucha de por la mañana; y así fué que al pasar por delante de la celda de su padre levantó el puño con gesto amenazador mientras murmuraba frases airadas.

Intrigado su vigilante, le preguntó qué panto-

PASATIEMPOS



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto, y veréis aparecer un precioso dibujo.



¿Creéis que están solos estos dos monos? Pues hay dos hombres que quieren darles caza. ¿Dónde están los dos hombres?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Aquí tenéis el dibujo que resulta completo al unir los puntos del 1 al 42.



Escribid las letras iniciales por el orden que indican los números, y veréis que la solución es "Granados".

Resumen de lo publicado.— Antonio, huérfano y pupilo del cruel trapeceista Bepo, hace amistad con Mercedes, la hija del dueño del circo. Esta le enteró de que Estrella ha abandonado la compañía.

COMPANEROS DE CIRCO



Antonio quedó atónito. ¿Cómo era posible que Estrella, la gran artista que arrebató a los públicos, hubiera abandonado el circo? ¡No podía creerlo! Entonces se acordó de haberla visto poco antes hablando con un desconocido.



Los dos jóvenes habían decidido salir a la mañana siguiente a dar un paseo a caballo. Antonio preparó de madrugada los animales, y pronto los dos amigos cabalgaban por el campo. Con la brisa matinal, los tristes pensamientos de Mercedes iban disipándose.



Trotaban nuestros amigos por un estrecho sendero junto a un alto seto de brezos, cuando, de pronto, vieron aparecer a otro jinete, cuyo caballo daba saltos y corcovos alarmantes. "¡Lo va a desmontar!", gritó Antonio al verlo.



Picando espuelas a su cabalgadura, Antonio se adelantó hasta emparejar con el jinete, e inclinándose entonces y cogiendo la rienda del otro caballo, lo contrajo primero, lo acarició y amansó después, y pudo al fin detenerlo.



"Ahora puede usted apearse", dijo Antonio al jinete, quien preguntó al muchacho: "¿Cómo has podido dominarlo?" Entonces Antonio pudo reconocer en él al desconocido que el día anterior estaba hablando con Estrella.



"¡Te agradezco mucho tu buen servicio, muchacho!", añadió afectuosamente. "Yo soy Oscar Waldorf, dueño del famoso circo Waldorf". Antonio fue comprendiendo. Aquel señor Waldorf era el que quería hacer la competencia al circo Smith.



"Y para demostrarte mi gratitud, prosiguió enfáticamente el caballero, te regalo dos entradas para la función de esta noche en mi famoso circo Waldorf". Antonio calló, pensando que aquello podía tener un desenlace interesante.



Oscar Waldorf montó y se alejó. Nuestros amigos regresaron al circo, y Antonio informó a Mercedes de que quien había hablado con Estrella la noche anterior era Waldorf. "Habrá entrado a formar parte de su circo", añadió la joven.

(Continuará.)

EL PULPO Y EL CAPITÁN DEL BARCO



El capitán don Procopio iba a tomar su acostumbrado baño marino, cuando advirtió que junto al barco flotaba un bulto oscuro. Por si pudiera



ser alguna gigantesca sandía, de las que tanto le gustaban, llamó a su ayudante "Tolete", el cual, con una escoba, se dispuso a "auscultar" el bulto.



Pero en esto emergió de las ondas un pulpo tamaño que rechazó el tanteo y dió con la escoba en las narices a "Tolete". Don Procopio celebró



el lance, mientras el pobre "Tolete" huía más corrido que una mona. Pero en el camino se detuvo alarmado por un ruido sospechoso. Acercóse a la



borda, y viendo que el maldito pulpo asomaba de nuevo la cabezota, le sacudió un escobazo con todas sus fuerzas. Pero... ¡ay!, que no era aquel el pulpo, sino el mismísimo capitán, que recibió el mandoble en plena barriga.

CAIN Y ABEL, CHICOS DE HOTEL



Lo de llamarse Abel era para despistar; ¡porque se traía cada combinación con su compinche Cain! Aquella tarde, en el preciso momento en que Abel



salía del hotel con tres copas de helado en una bandeja, venía por la acera un señor con muchísima prisa, atropellando a cuantos encontraba. Cain chutó a la



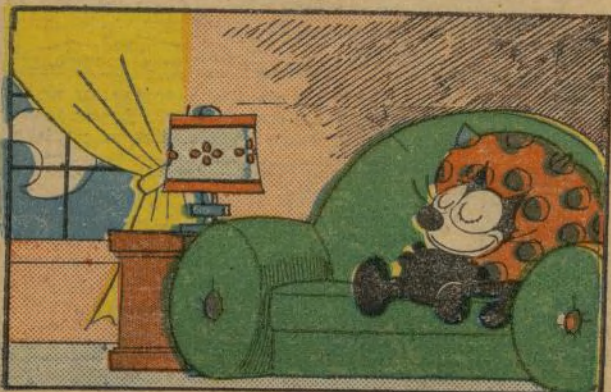
bandeja; los helados, volando, fueron a "refugiarse" en la nuca del señor de la prisa, y resbalando por el espinazo, le obligaron a bailar una danza epiléptica,



de resultados de la cual las monedas que tenía en los bolsillos saltaron a la acera. Con su tintineo llamaron a los chicos del barrio, y aquello fué el reparto social,



ANDANZAS DEL GATO FELIX



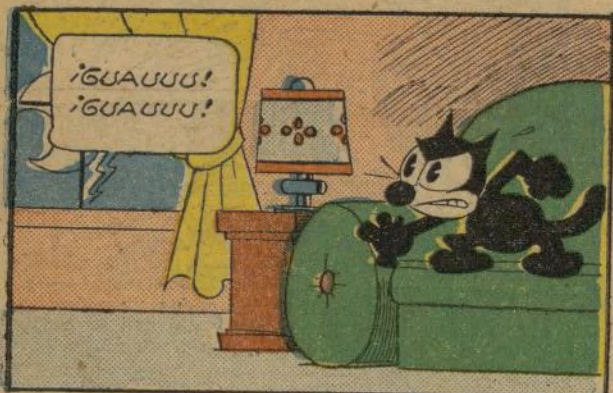
Después de todo, la aventura de la inundación resultó lo más beneficioso para el gato, ya que los dueños no sospecharon que hubiera sido él el causante de la catástrofe, y le recogieron nuevamente, con grandes muestras de cariño.



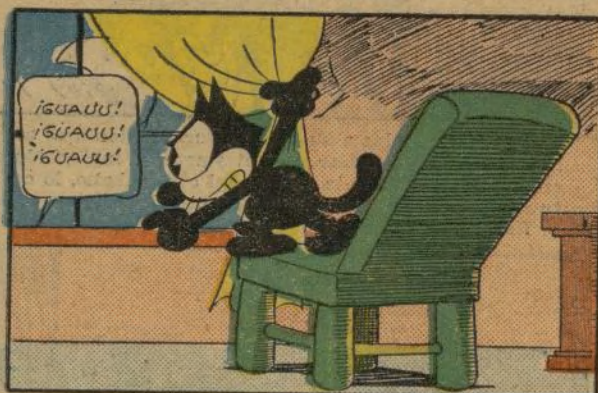
Y mientras Félix dormía muellemente, "el Cartucho", un perro vagabundo, sentía que las costillas se le helaban, las pezuñas se le congelaban, las orejas se le hacían mantecado; el rabo, limón "helao", y la cabeza, agua de cebada.



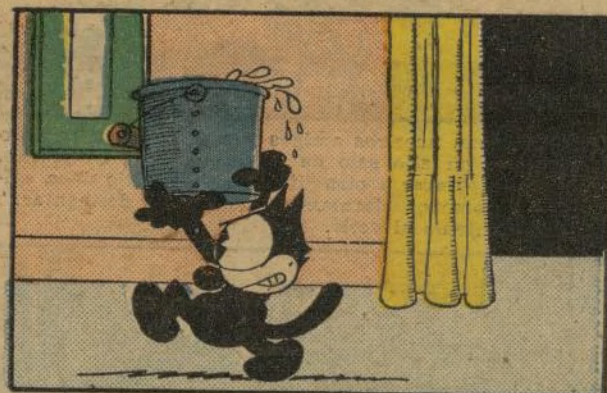
Y es que hacía un frío como para desafiar al Polo y sacarle tres grados de ventaja. Sintiendo que, de seguir a la intemperie, se iba a convertir en un carámbano, "el Cartucho" comenzó a pedir auxilio lastimeramente.



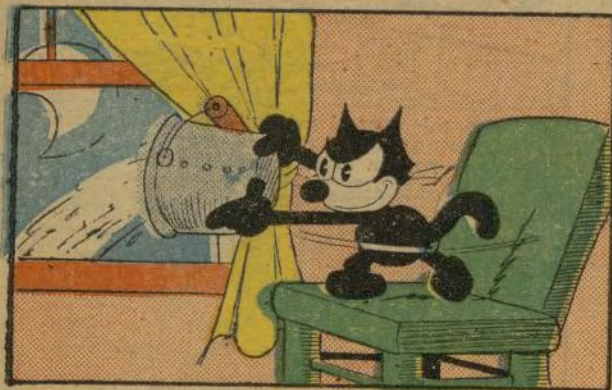
"El Cartucho" tenía unos bronquios que eran unas "bronquias" con lesiones de pronóstico reservado, y las notas de su garganta despertaron a Félix, que se puso muy bizco, señal de que había llegado al límite de la indignación.



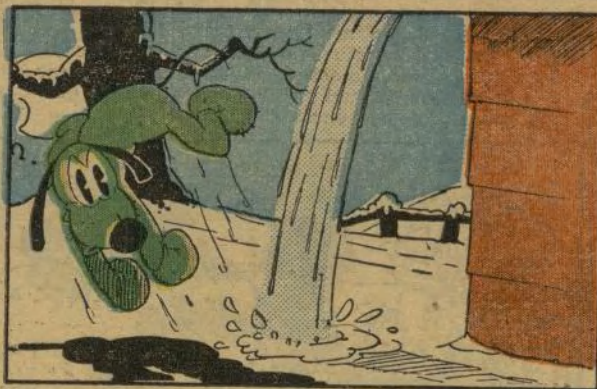
Como la serenata seguía, Félix se asomó a la ventana y se puso más bizco todavía al comprobar que era un perro vagabundo. "¿Por qué no te tragarás un pararrayos a ver si te callabas, escandaloso?" — le insultó.



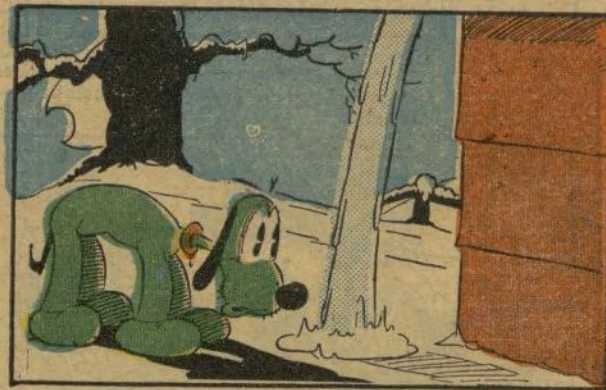
Y como "el Cartucho" le hiciese el mismo caso que el que oye granizar en la casa del vecino, Félix se puso mucho más bizco todavía, contrajo el estómago de rabia, erizó el rabo, dilató el hígado y se dispuso a castigar al chucho.



Y, sin reflexionar su mala acción, le espetó al pobre "Cartucho" un cubo de agua, con la sana intención de mojarle y que le encogiera la garganta, no pudiendo cantar: "¡Agua va!" — gritó, jubiloso y ya menos bizco.



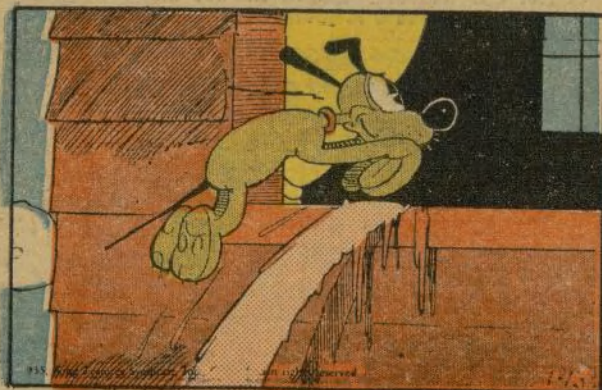
"El Cartucho" pudo evitar, en parte, la rociada, gracias a un salto mortal, que si lo da en público se hace millonario, y Félix se retiró de la ventana orondo y satisfecho, pensando haberse librado del importuno escandaloso.



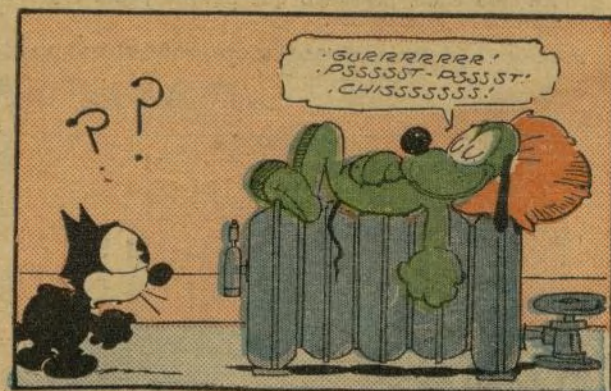
Mas era tan baja la temperatura, que el líquido se heló, formando una pista desde la ventana hasta el suelo. "Cartucho" contempló tristemente el agua, pensando que igual se quedaría él dentro de muy pocas horas.



Pero bien pronto tuvo una inspiración súbita. "¡Qué buenos son en esa casa! — pensó —. Sin duda, han perdido la llave de la puerta, y para que entre han recurrido a este medio; pues, mil gracias, y, ¡arriba, "Cartucho", al salón!"



Y el perro vagabundo, en menos que canta un gallo santanderino — que son los gallos que cantan más deprisa —, se coló en la casa que le deparaba el destino, pidiéndole al cielo que tuviera calefacción y chuletas de cerdo.



Y cuando Félix regresaba a su cuarto para dormir, vió que "el Cartucho" se había comido las chuletas que el gato tenía de cena, le había quitado la almohada, y, en una palabra, se había hecho el amo. "¡Mi madre!" — exclamó el gato, desmayándose.

(Continuará.)